

Mesa. Contenidos culturales de la participación ciudadana.

Sociedad organizada: haciendo de la cultura el ejercicio de un derecho

Porfirio Mauricio Gutiérrez Cortés¹

Presentación.

El concepto de lo político ha sido uno de los temas mayormente discutidos a lo largo de la historia de las ideas, junto con el de cultura, y cuyos debates han dado como resultado una multiplicidad de interpretaciones complementarias entre sí. La interrelación entre ambos referentes, como otros conceptos fundamentales para interpretar lo social, retoman relevancia desde su replanteamiento como lo han hecho en la actualidad otros como comunidad, democracia, ciudadano, entre otros. Mediante lo que se proponen en autores como Bauman la re significación de las relaciones y formas interpretativas de uno y otros, así como de las formas de vinculación con marcos teóricos.

En un primer momento, es importante reconocer la fundamental diferencia entre “lo político” y “la política”, misma que es conceptualizada de manera particularmente ilustrativa por Chantal Mouffe (2009), quien caracteriza a lo político como el espacio en que se desarrolla lo que ella denomina el “antagonismo” inherente a toda sociedad. La política por su parte, constituye un conjunto de prácticas e instituciones que proveerán de orden a las relaciones humanas, organizando la coexistencia que se materializará incluso en medio de los antagonismos anteriormente planteados. De este modo, tales prácticas cotidianas y valores reconocidos serán los que determinen en gran medida a una sociedad y la manera en que sus miembros conviven, a pesar de la conflictividad existente, o mejor dicho, a través de ella.

¹ Doctor en Ciencias Políticas y Sociales por la UNAM. Profesor de Tiempo completo en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Autónoma del Estado de México.

Pero Chantal Mouffe no sería la única en proporcionar una concepción de esta naturaleza para el referente “política”. Anteriormente, y sobre la misma tónica, Hannah Arendt (2005) reconocería a la política como la “acción en concierto”, como un medio para llegar a la llamada “unidad entre los diversos” y cuya finalidad principal sería la de fungir como una arena en la cual se generasen acuerdos.

Frente a este tipo de concepciones, y entendiendo a la política como aquel espacio en el que se dan cita las identidades individuales para ser trascendidas, pero en el que continúa habiendo sitio para el disenso, la idea de “cultura” adquiere un significado mucho más profundo que el que los lugares comunes podrían sugerir. Si se hiciera una rápida “lluvia de ideas” en torno al concepto de cultura, algunas de las primeras palabras en saltar a la mente muy probablemente serían “arte”, “estética”, “museos”, “literatura”, incluso “entretenimiento”; del otro lado se tienen “costumbres”, “tradiciones”, “identidad”. No obstante, las acepciones del concepto exceden estas primeras aproximaciones y profundizan en las mismas.

Así, la cultura puede entenderse como la representación del sentido de identidad de una sociedad, y no se limita, como ya se ha mencionado, a la expresión artística de la misma, o bien, al incesante debate entre la alta cultura y la cultura popular. Involucra un conglomerado de historia, prácticas, conductas, expresiones, saberes y experiencias que en conjunto constituyen identidades complejas y dan sentido a la acción de la colectividad, así como a la individualidad de cada uno de sus miembros.

Al ser una construcción tan compleja, la cultura no sólo es una expresión de la sociedad en la que surge, sino que influye en las formas que ésta adopta en todos los ámbitos, y junto con el devenir histórico del que una sociedad es resultado, llegará a configurar el comportamiento

político. De este modo, cuestiones como la participación se verán afectadas en gran medida por estos factores y serán el reflejo justamente de la estructura de dichas configuraciones.

En este contexto, cabe preguntarse de qué forma los dos debates anteriormente citados producen un impacto significativo en la vida de comunidad. Por ello, el objetivo de este documento será indagar en cómo el replanteamiento de estos referentes, no sólo en el imaginario colectivo sino en la lógica de la acción gubernamental, puede llevar a efectos positivos. A su vez, se analizará el entendimiento y valoración que se tiene del concepto de cultura en ambos ámbitos y en qué medida las acciones actuales, tanto de parte de la sociedad civil como del gobierno, han llevado a una resignificación del ámbito de lo público y pueden verse como puntos de arranque para el trazo de un nuevo camino hacia el sentido de comunidad.

Ciudadanía y cultura: entendiendo a las identidades desde sus defensores

La importancia de la cultura se ha resaltado incontables veces. Como se ha mencionado anteriormente, la cultura es y determina gran parte de la vida de una sociedad; la forma en que se relacionan sus miembros, los preceptos bajo los que rigen y motivan su actuar, la manera en la que estructuran sus prioridades, entre otras, por lo que su relevancia se presenta como uno de los temas de mayor interés para los grupos y movimientos sociales de reivindicación.

Asimismo, estos grupos reconocen que la importancia de la cultura no sólo yace en el valor histórico o identitario que pueda aportar, sino que la difusión de ésta se muestra como una alternativa para prevenir conductas y modelos indeseables dentro de la misma sociedad, atendiendo a dilemas y necesidades particulares pero también a problemas de mayor escala,

como la violencia. Ante esto, diversos colectivos se han dado a la tarea de posicionar a la cultura como uno de los principales pilares de acción a través de los cuales reactivar el llamado “tejido social” y pasar de una simple coexistencia a una convivencia real.

Numerosos han sido los esfuerzos que han surgido desde las distintas trincheras para el beneficio de la colectividad. Para muestra de ello bastan la gran cantidad de colectivos y grupos que existen en la Ciudad de México cuyo fin primordial es llevar la cultura a todos los rincones posibles, además de expresar y promover los rasgos identitarios del lugar en el que surgieron.

Los ejemplos son múltiples. Uno de ellos es el grupo Tepito Arte Acá, que se caracteriza a sí mismo como un “movimiento cultural” nacido en el llamado Barrio Bravo con la finalidad de convertir en teatro la experiencia y sabiduría populares, resaltando algunos valores e invitando a la reflexión en torno a los problemas cotidianos. Del mismo modo, este grupo se encarga de promocionar y apoyar otros proyectos de índole diversa, en colaboración con algunas instituciones culturales.

Una de las principales preocupaciones de este tipo de movimientos ha sido la recuperación de los espacios. En este sentido, se suman a programas que incluyen la apropiación de los espacios a través de distintos medios, como en el caso del arte urbano en espacios designados, con el que se busca orientar a los participantes a “descubrir los elementos que construyen las identidades personales y colectivas en ellos, mediante la capacitación laboral en el oficio gráfico, la participación ciudadana, la prevención del delito y la estimulación artística” (Caligrafías Urbanas, 2011).

Otra de las características de estos grupos es su intención de formar lazos entre sí, creando redes de promoción y vinculación, atendiendo a su vez a una necesidad de trascender las distancias y “crear comunidad”. Tal es el caso de espacios como Vinculación Cultural Comunitaria, mediante el que se dan a conocer algunas de las distintas opciones en este rubro con las que cuenta la Ciudad de México, tanto por iniciativa ciudadana como gubernamental, al tiempo se encarga de establecer un vínculo entre los colectivos y organizaciones gubernamentales para obtener apoyos y recursos que les permitan continuar su labor.

A través de esta recuperación se puede observar el sentido que da una parte importante de la población a la cultura, afirmándola como un puntero para prevenir y contener problemas sociales al tiempo que sirve como promotor de la diversidad existente en los distintos espacios en que surgen estos grupos. Por otra parte, esta aproximación apunta también a una resignificación de cómo la comunidad se organiza para atender a sus necesidades particulares. Esto muestra que la cultura no está desligada de la vida política. Al contrario; la cultura no sólo tiene cabida en la política, sino que juega un papel fundamental en la generación de acuerdos.

Entonces, ¿de qué forma influye en la participación ciudadana? ¿Qué relación guarda con ésta y por qué se ve muchas veces limitada? En principio, cabe resaltar que la participación ciudadana no se limita a lo electoral, sino que ésta es reflejo de una condición de desarrollo político de la sociedad, mismo que queda determinado por múltiples factores pero en el que la cultura ocupa un sitio prioritario.

Como siguiente punto, se ha comprobado en incontables ocasiones que el sentido de pertenencia es uno de los motivantes más importantes dentro de una sociedad, y que los grupos sociales que carecen de elementos identitarios son propensos a la falta de cohesión interna y en casos extremos, pueden llegar a desintegrarse. La promoción de dicha cohesión

puede lograrse a partir de distintas técnicas, entre las que se encuentra la diferenciación, el crear una distancia de los miembros de determinado grupo frente al “otro”; la identificación de un enemigo común, entre otras, pero la que ha probado ser más efectiva es la generación de un sentimiento de comunidad.

El sentido de comunidad provee a los pertenecientes a la misma de un sentimiento de membresía, que lo hace comprenderse como una parte del todo sin la cual éste no funcionaría del mismo modo. Al asumir su papel como elemento necesario dentro del grupo, dicho entendimiento se extiende al resto de los componentes del colectivo, por lo que será más probable que exista también un sentimiento de solidaridad, reciprocidad y ayuda mutua.

La importancia de lo anterior recae en la no eliminación de las individualidades, sino en la suma de éstas, teniendo como base los rasgos comunes entre los miembros de una comunidad. La participación se presentará entonces como resultado de la convicción de que un beneficio para la comunidad se extenderá a todos los pertenecientes a la misma, en un círculo virtuoso.

Hasta ahora se ha hablado de cómo la sociedad puede hacer uso de la cultura como medio para promover la participación, tanto hacia afuera como hacia adentro de la comunidad. Así, y asumiendo que una de las principales tareas de los ciudadanos consiste en interesarse por su comunidad en todo momento, trascendiendo los procesos electorales, la contraparte del lado gubernamental debería ser proporcionar plataformas adecuadas para dicha participación, que reconozcan las particularidades de los distintos sectores y que sean un reflejo de sus representados. Sin embargo, cabría preguntarse: ¿estas identidades se reconocen en las plataformas políticas? O bien, ¿qué sucede cuando tales plataformas políticas no alcanzan a cubrirlas? Serán estos cuestionamientos y otros a los que se atienda en apartados subsecuentes.

Cultura en la agenda. El reconocimiento gubernamental de la diversidad.

A través del tiempo, el referente “cultura” se ha transformado a los ojos del gobierno; al ser un elemento tan importante, resulta lógico que ésta ocupe un espacio dentro de las agendas tanto pública como formal, espacio que ha ido creciendo de forma proporcional a los debates en torno a la resignificación de la cultura. De este modo, la acción gubernamental respecto a la misma ha ampliado su rango de intervención y ha traspasado las dimensiones anteriormente definidas como exclusivamente culturales para pasar a dar una connotación social a las políticas encargadas de este tema.

Sería inexacto afirmar que no ha existido acción gubernamental en materia cultural, mas mucho se ha argumentado que ésta dista de ser suficiente, o bien, que la forma en que este tema ha sido abordado sigue líneas casi obsoletas, alejadas de las necesidades del siglo XXI. En la actualidad se pugna por un desarrollo cultural que apunte a formar ciudadanos más conscientes y participativos, al tiempo que se diseñan políticas públicas cuya intención sea elevar la calidad de vida de la población, así como generar espacios urbanos mucho más amigables.

Algunas de las iniciativas más exitosas se han caracterizado por promover justamente una mejor calidad de vida para los habitantes de la ciudad. En este rubro, cabe mencionar a los corredores culturales, tanto el Roma-Condesa como el Chapultepec-Zona Rosa, cuyo desarrollo gira en torno a la recuperación de espacios públicos, la integración comunitaria y el fortalecimiento del tejido social, además de combinarlo con los principales avances en urbanismo y arquitectura.

Asimismo, la rehabilitación de zonas urbanas se ha acompañado de integración social, retomando propuestas que salen de la comunidad y otorgándoles un espacio en el cual puedan desarrollar sus actividades de forma segura y así llegar a una mayor cantidad de personas. Como ejemplo de esto se encuentra la Fábrica de Artes y Oficios de Oriente, que ofrece una multiplicidad de talleres enfocados a desarrollar las capacidades y habilidades de quienes asisten a ellos, para que a su vez puedan tener un impacto en su entorno, todo esto dentro de instalaciones acondicionadas específicamente para este tipo de actividades.

Estos y otros esfuerzos conforman la oferta surgida de parte del gobierno y destinada a la promoción cultural entre la población. Si bien muchas de estas iniciativas buscan dar un abordaje integral a la cuestión de la cultura, los argumentos de muchos grupos y movimientos sociales se centran en la limitada existencia de políticas que asuman a la cultura como un verdadero derecho, que trasciendan el entendimiento de ésta como un mero entretenimiento y que reflejen la importancia de conservar y dar a conocer las múltiples identidades existentes dentro del territorio.

Es dicho reconocimiento del que carecen muchas de estas expresiones, las cuales muchas veces no encuentran una verdadera identificación frente a los proyectos políticos que son en teoría destinados a ellos, distanciamiento que provoca una disminución en la participación por parte de grupos que en otras condiciones podrían formar parte más activa de la vida de la comunidad. Sin embargo, si no existe el reconocimiento apropiado, tal participación es desincentivada.

Sobre esta línea, la promoción de la cultura debería estar acompañada de otro tipo de condiciones que fuesen más allá de apoyar a los colectivos ciudadanos con recursos o difusión de actividades. Algunas de estas acciones podrían incluir la rehabilitación de los espacios y el mejoramiento de la accesibilidad de los mismos, facilitar la movilidad entre las zonas, entre otros, que si bien son de naturaleza más técnica, son igualmente necesarias para un adecuado acercamiento a la cultura. Asimismo, resulta importante buscar la integración

de las identidades a manera de que, al tiempo que son reconocidas, exista un terreno común sobre el cual cimentar el encuentro y el diálogo, asunto en el que México tiene todavía mucho que aprender.

Aún se necesita avanzar en materia de acceso y difusión cultural, pero sobre todo, se necesita una mayor cantidad de proyectos políticos que reconozcan la existencia de las diversas identidades y sirvan para dar voz a éstas, así como la existencia de un espacio propicio para el diálogo y la negociación, donde distintas propuestas puedan existir y donde tengan la oportunidad de posicionarse frente a los tomadores de decisiones como proyectos serios a tomar en cuenta. Del mismo modo, una aproximación más completa a la cultura debería incluir las condiciones necesarias para hacerlo, rompiendo la cada vez más debatida brecha entre alta cultura y cultura popular, incentivando no sólo el acercamiento sino también la participación para la conservación de la misma.

Consideraciones finales. Hacia un entendimiento en conjunto de la política y la cultura.

A lo largo de este estudio inicial de una compleja vinculación, se ha buscado revidar la estrecha relación entre política y cultura; se ha hecho una rápida recolección de los debates en torno a ambos conceptos y se ha visto cómo se les entiende desde distintas dimensiones. Sin embargo, uno de los conceptos necesarios de apuntar para integrar lo aquí expuesto es el de comunidad.

Este referente ha sido estudiado por múltiples disciplinas y corrientes, involucrando por lo tanto una serie de características que difieren en sus particularidades de autor a autor, pero

que coinciden en los aspectos fundamentales. Es el caso de teóricos como Max Weber, Ética Durkheim y Georg Simmel, quienes conciben a la comunidad de forma general como una modalidad de vinculación social, asemejada a un tipo ideal metodológicamente hablando, que se encuentra fundamentada en las relaciones personalizadas y determinada por un sentimiento de pertenencia al grupo.

Asimismo, vale la pena destacar los aportes de Julian Pitt-Rivers (1971) y Anthony Cohen (1985), quienes se refieren a la comunidad como la configuración de un sistema de relaciones, un universo simbólico cuya reproducción se asegura a partir de los significados de las acciones de sus miembros. Estos autores pondrían de manifiesto el importante papel que juegan los valores en la configuración de las dinámicas sociales y su respectiva estructura, ambos componentes de la cultura.

Con base en esto, es posible afirmar que la unidad de determinado grupo depende en gran medida de la existencia de valores y metas comunes. Algunos podrían argumentar incluso que el tener tanto necesidades como contextos similares puede generar el suficiente sentido de comunidad como para desembocar en un sentimiento de solidaridad y participación.

Es así que puede establecer una conexión relevante entre los elementos propios de una cultura y la política, teniendo como hilo conductor a la participación. Por lo tanto, el siguiente elemento necesario para aproximarse a esta relación es entender de qué forma va definiendo una sociedad los valores con los que se identifica, las cosas a las que da más peso, los elementos que conforman su cosmovisión y que inclinarán su actuar hacia uno u otro lado.

Dentro de este contexto, es posible reconocer que si bien se puede tener un origen histórico-social común, la presencia de individualidades no se elimina. Mas para lograr una vida en

comunidad, lograr trascender este tipo de particularidades en nombre de un beneficio para la colectividad adquiere un significado mucho más profundo, descansando el concepto de comunidad precisamente en aquellos que es “lo común a todos”.

En este punto, es también necesario volver a los planteamientos de Chantal Mouffe (2009), quien destaca que los actuales proyectos democráticos se fundamentan en el reconocimiento del disenso como una condición no sólo deseable sino necesaria para la constitución de identidades políticas. Si se reconoce que todos los procesos sociales son por excelencia relacionales, por ende se evidencia la necesidad de un diálogo entre las distintas formas de vida y de pensamiento, en que cada una tenga voz propia con la cual dar a conocer sus propias necesidades, pero también para exponer su concepción de la vida y sus particularidades frente a los otros de forma que se complementen.

Del mismo modo en que Habermas plantea una “acción comunicativa” orientada a la generación de acuerdos y que incide en patrones de reproducción cultural y de interacción social, la superación de los elementos más radicales antagonismos, aunado al llamado “retorno a la comunidad” se presentan como algunos de los mejores instrumentos de que los seres humanos pueden echar mano para la configuración de sociedades en las cuales quepa la diversidad sin eliminarse pero también sin convertirse en un obstáculo para la acción colectiva.

Es por todo lo anterior que lo que aquí se propone es una reflexión mucho más amplia respecto a la relación entre cultura y política, pero sobre todo a un replanteamiento de los referentes con consciencia de sus implicaciones. Que la política, por ejemplo, vuelva a ser concebida como un espacio para los acuerdos y no como un terreno pedregoso sin posibilidad de cultivar; que la cultura por su parte sea entendida además de como un beneficio, como un verdadero derecho que por tanto debe ser garantizado.

Finalmente, y retomando la teoría sistémica de David Easton (1992) con respecto al funcionamiento del sistema político, por mucho tiempo la atención se ha concentrado en la denominada caja negra, ese espacio de toma de decisiones al cual ingresan las demandas, que tras ser procesadas derivarán en outputs cuyo fin será dar algún tipo de respuesta a las exigencias presentadas. Si bien este espacio es por demás relevante debido a los procedimientos que se llevan a cabo dentro del mismo, la priorización de éste ha llevado también a dejar de lado otros aspectos igualmente importantes dentro del sistema.

Quizá a lo que debería apuntarse sería a un nuevo encauzamiento de la atención; que la caja negra deje de ser el principal elemento de enfoque para comenzar a voltear la mirada a la comunidad política y los procesos que la han conformado, a sus esfuerzos por incidir en los procedimientos del sistema, a las organizaciones que de ésta emanan y en consecuencia, a la enorme gama de posibilidades a la que dichas acciones abren la puerta para así entender a la cultura no como un elemento aislado del sistema político, sino como un componente no sólo inherente sino necesario para el adecuado funcionamiento del mismo.

Bibliografía

MOUFFE, Chantal (2009), En torno a lo político, traducción de Soledad Laclau, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 144 pp.

ARENDT, Hannah (2005), Sobre la violencia, México: Alianza Editorial, pp. 48-78.

EASTON, David (1992), Esquemas para el análisis político. Buenos Aires: Amorrortu, pp. 76-144.

“¿Quiénes somos?”, Blog de Caligrafías Urbanas, Última consulta: 9 de julio de 2015
<http://caligrafiasurbanaspeatonal.blogspot.mx/>

COHEN, Anthony (1985), The symbolic construction of community. New York: Taylor & Francis e-Library, 128 pp.

PITT-RIVERS, Julian (1971), Los hombres de la sierra. Ensayo sociológico sobre un pueblo andaluz. Barcelona/México: Ediciones Grijalbo.